

Agustín Víctor Casasola

Retratista

Rebeca Monroy Nasr

Si al escuchar o leer el nombre de Casasola sólo recordáramos las imágenes de Adelitas querendonas, obreros y campesinos revolucionarios, niños convertidos en soldados combatientes o caudillos del movimiento armado de 1910, estaríamos olvidando una parte sustantiva de la historia de la fotografía en nuestro país.

La profesión de reportero gráfico que elige Agustín Víctor Casasola (1874-1938) en el umbral del siglo XX, le permite iniciar una magnífica colección de imágenes. Para 1912, en la céntrica calle de Ayuntamiento número 8, de la Ciudad de México, Casasola abre su Agencia de Información Fotográfica. Él mismo realiza los fotorreportajes, compra materiales originales o contrata a diferentes fotógrafos que van a enriquecer el acervo gráfico de su empresa. Su labor tiene resonancia y continuidad a través de su hermano Miguel Casasola, sus hijos Ismael y Gustavo, y con el tiempo, sus nietos. El fondo que reúnen los Casasola cuenta con casi un millón de negativos de una indiscutible calidad documental y estética, y actualmente se encuentra en la Fototeca del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Pachuca, Hidalgo.

En la vasta producción gráfica de Agustín Víctor Casasola —38 años de labor—, se encuentra una serie de retratos de personajes tanto conocidos y otros anónimos que destacan por su calidad técnica y formal y, sobre todo, por la relación establecida entre el modelo y el fotógrafo al momento de su realización.

Cabe destacar que Casasola jamás fue un fotógrafo de estudio. Su capacidad de enfrentar los acontecimientos inmediatos le permitía capturar las imágenes colectivas e individuales de los personajes, no sólo con una intención periodística. Los cambios sustantivos en la formación social de la Ciudad de México desde el

porfiriato hasta el período posrevolucionario, se presentan a través de los retratos que Casasola realiza con diferentes intenciones y usos sociales.

De esa primera etapa de trabajo fotográfico es uno de los retratos más representativos. Son dos jovencitos que, sentados en el mullido sillón de la dirección del diario *El Imparcial*, simulan leer atentos el periódico que muestra el titular gracias a un estratégico doblez. A sus espaldas aparece un enorme óleo de cuerpo completo del propio Porfirio Díaz. Este retrato no deja de impresionar por el discurso interno de la imagen: elocuente, autocomplaciente e indiscutiblemente propagandístico del régimen. En otra foto aparece un pequeño que porta el traje militar de gala del ejército mexicano, espada en mano y medalla en el pecho del ejército defensor de los intereses del porfiriato. En el primer caso, la presencia del fotógrafo no se advierte, es una imagen concebida como casual. Sin embargo, en el segundo, el pequeño engalardonado mira fijamente al fotógrafo quien ha tenido que bajar su cámara para que su modelo quede encuadrado de cuerpo completo en la placa de cristal.

De los retratos colectivos sobresalen algunos por los personajes que aparecen y otros por su forma de realización. Las fiestas del centenario de la Independencia muestran la aparente riqueza de un país empobrecido. Díaz y su comitiva disfrutaban de los festejos, mientras que el pueblo posa como parte del ambiente y de la parafernalia nacional. Sin embargo, cuando observamos el retrato de Francisco I. Madero con su segundo gabinete (1912), todos ellos elegantemente vestidos con levitas ante una mesa del salón presidencial, advertimos la intención de cambio de una actitud militarizada a un gobierno civil, pero inestable. El retrato del presidente Madero, realizado en un primer plano ante un sencillo fondo blanco y donde sólo se ve una parte de la banda presidencial, revela un gesto de incertidumbre y desconfianza. Es evidente que no es un retrato oficial: la intención del fotógrafo al acercarse con su cámara es mostrar el rostro del personaje. Esta imagen refiere irremediabilmente a la fotografía triunfalista de Victoriano Huerta en 1913, quien, junto a los miembros que eligió para su gabinete, posa para el fotógrafo Casasola. Todos los personajes en traje militar miran de frente a la cámara y el fotógrafo elige la toma de cuerpo

completo. No hay muebles ni elementos que distraigan la mirada y la atmósfera está recreada en una casi total oscuridad. Sólo un haz de luz baña ligeramente la escena y le confiere a la imagen un ambiente de solemnidad, rigor y hermetismo que logra subrayar en las figuras su presencia contundente.

Las elecciones formales del fotógrafo van acorde al modelo: el encuadre, el ángulo, los primeros planos y la composición especial confiere a los personajes un plano central. Y a pesar de tratarse de imágenes posadas, no equivalen a los retratos de estudio. Casasola siempre tiene presente su condición de fotógrafo de prensa, por lo que el contexto en el que se desarrollan sus personajes es parte sustantiva de la imagen. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 3. El retrato*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1993.